

## 10 DESDE MADRID

Javier Pradera

Mis relaciones con Taurus durante el medio siglo transcurrido entre su fundación, en 1954, y su primer cincuentenario, en 2004, han puesto en juego casi todas las posturas imaginables de una persona alfabeto con una editorial: he sido lector de sus volúmenes, asesor informal de sus publicaciones, miembro del consejo de administración de la empresa, supervisor de su política comercial y —sobre todo— amigo de buena parte de sus directivos y de algunos de sus autores. No me resultaría fácil, por tanto, seleccionar de manera excluyente uno de esos posibles enfoques para escribir este homenaje con ocasión de su jubileo; hasta trabajé de forma voluntaria como *broker* oficioso, sin que nadie me lo pidiera, para vender a terceros la marca y el fondo de Taurus —pueden testimoniarlo Beatriz de Moura y Antonio López Lamadrid, de Tusquets— cuando a un impetuoso ejecutivo de la compañía se le ocurrió a finales de los ochenta la peregrina idea de cerrar y saldar la editorial —Francisco Pérez González lo impediría a tiempo— por su baja rentabilidad. Tal vez la única solución para ese problema sea imitar al gran Alejandro y cortar el nudo gordiano, hablando a la vez y con cierto desorden desde todas y cada una de esas perspectivas.

En cualquier caso, la historia comienza y termina con el mismo protagonista, Francisco Pérez González, el alias para el registro civil y bautismal de Pancho, su auténtico nombre y ape-

lido. Fundador de Taurus en 1954 con Rafael Gutiérrez Girardot y Miguel Sánchez López (a quienes no tuve ocasión de tratar), Pancho había trabajado en Santander durante los años cuarenta en una librería-papelería familiar, cuya marca comercial —Hispano-Argentina— utilizaría después para una sociedad distribuidora e importadora de libros americanos. No consigo recordar cuándo conocí a Pancho. En algún momento creí que nos había presentado Jesús Aguirre, quien supo siempre —cuando no lo sospechaba nadie, ni siquiera su futura esposa— que sería duque de Alba. Sin embargo, esa traicionera controladora de la memoria que es la cronología me desmiente la hipótesis: no conocí a Jesús Aguirre —director entonces de una colección de Taurus y cura en una iglesia universitaria— hasta abril de 1963 y en unas circunstancias trágicas. Julián Grimau había sido condenado a muerte por un consejo de guerra, cuyo único vocal jurídico-militar teóricamente experto en leyes había falsificado en su día el título de licenciado en Derecho, y el Consejo de Ministros presidido por Franco —con Manuel Fraga como titular de Información y Turismo— había denegado la conmutación de la pena capital. Entre los vanos esfuerzos que emprendimos sus compañeros —yo militaba entonces en el Partido Comunista— para salvarle la vida estuvo la recogida de firmas de profesores, escritores, artistas e intelectuales pidiendo su indulto. A mí me correspondió visitar el Colegio Mayor César Carlos, donde vivían licenciados y doctores universitarios de provincias que preparaban oposiciones a cátedra o a los altos cuerpos de la Administración. Además de residente, Jesús Aguirre era algo así como el capellán de aquella distinguida Casa de la Troya: nunca olvidaré la ayuda que me prestó para vencer las resistencias y los temores de algunos colegiales timoratos.

Así pues, no fue Jesús Aguirre quien me presentó a Pancho, pese a que años más tarde pude comprobar la antigüedad y la hondura de su amistad, nacida en Santander; esas antiguas y

profundas raíces afectivas —que incluían a la inolvidable Celinina— habían convertido a Jesús Aguirre en un prestigioso experto en la tarea de descifrar los complejos mensajes codificados que Pancho suele enviar a su entorno hasta para decir que quiere un café: los valerosos soldados polacos que descubrieron en el Frente Oriental la máquina alemana *Enigma*, el hallazgo que permitió a los aliados ganar la batalla del Atlántico Norte gracias al descubrimiento de las instrucciones enviadas desde Berlín a los submarinos nazis para hundir los convoyes estadounidenses, seguramente no habrían dado nunca con esas claves (Jesús Aguirre, siempre aficionado a utilizar motes para referirse a los ausentes, solía llamarle «Telémetro» porque —según su entender— el ojo izquierdo de Pancho era en realidad un instrumento óptico para medir distancias regulables a voluntad por su dueño). Tal vez le conocí durante la segunda mitad de los cincuenta; o más probablemente a comienzos de los sesenta, cuando la fuerza del destino [yo había sido encarcelado por delitos políticos en febrero de 1956, cinco meses después de ingresar en el Cuerpo Jurídico del Aire; también fui expulsado de la universidad como profesor auxiliar de Derecho Constitucional a raíz de un segundo procesamiento en enero de 1958, que me impedía igualmente presentarme a ninguna oposición a cuerpos del Estado y ni siquiera darme de alta en el Colegio de Abogados] y la amistosa ayuda de Gabriel Tortella —padre e hijo— me condujeron al mundo editorial, primero en Tecnos (1960), después en la sucursal española de Fondo de Cultura Económica (1963) y finalmente en Alianza (1966). Comenzaron entonces mis relaciones con la gente de la Galaxia Gutenberg. Recuerdo, por ejemplo, que la primera vez que leí —negro sobre blanco— el nombre de Jesús Polanco fue en las etiquetas de la primera expedición de libros de Fondo de Cultura enviada desde México a finales de 1962 a un domicilio social de la Puerta del Sol. Pancho ya era por entonces una figura conocida —«célebre»,

dirían en San Sebastián— del mundo de los libros. La importadora y distribuidora Hispano-Argentina, fundada a iniciativa suya, había ilustrado el acierto de las intuiciones de Mandeville, Adam Smith, Marx y Albert Hirschman sobre la ocasional complementariedad existente entre el egoísmo racional y el altruismo, el ánimo de lucro personal y el beneficio social, el valor de cambio y el valor de uso, la mercancía y el bien cultural. Desde el final de la Guerra Civil hasta bien entrados los sesenta, la censura política, la intolerancia católica, el exilio intelectual, el estancamiento de la enseñanza media y universitaria, la atonía de la vida cultural, el aislamiento internacional y la falta de demanda efectiva habían hecho sentir su destructiva influencia sobre la industria editorial española y trasladado a México y Argentina la primogenitura bibliográfica. Para que los libros de Losada, Fondo de Cultura, Sudamericana, Paidós, Siglo XXI, Era, Emecé o Grijalbo llegasen a los escaparates españoles no sólo resultaba preciso conseguir divisas para comprarlos, arriesgar dinero para pagarlos, aguardar varias semanas para recibirlos por envío marítimo (el transporte aéreo era incosteable) y montar una red comercial por toda España para colocarlos: también se necesitaba engañar o sobornar a la censura para conseguir el codiciado número de registro que permitía importarlos legalmente o montar de manera alternativa un circuito clandestino para la circulación de las obras prohibidas. En casi todas las capitales de provincia y ciudades importantes había —cuando menos— alguna librería con una habitación secreta —en el propio local o en sus cercanías— reservada para los *libros prohibidos* argentinos y mexicanos (o impresos en Francia cuando el inolvidable pero injustamente olvidado José Martínez creó Ruedo Ibérico) a la que eran conducidos sólo los privilegiados clientes de confianza (dice la leyenda que la fuerza promocional de esos recintos clandestinos era tal, que algunos avisados libreros situaban en sus estantes las obras autorizadas de

venta difícil o imposible en la seguridad de que serían rápidamente liquidadas). Todos los españoles que completaron la pobre dieta de lecturas autorizada por la censura española con las obras de creación y de pensamiento traducidas y editadas en América Latina gracias a la libertad de prensa e imprenta reinante en aquellos países (sólo la reproducción de una muestra significativa de esa lista inquisitorial exigiría decenas de páginas) tienen una deuda con importadoras y distribuidoras como la Hispano-Argentina fundada y dirigida por Pancho en los años cincuenta.

Y también, por supuesto, con la empresa editorial que inició Pancho —con sus socios— en el ecuador de la década de los cincuenta. No eran buenos tiempos ni para la lírica, ni para la épica y ni siquiera para contar la verdad en letra impresa. Los españoles que hayan nacido o se hayan educado bajo el amparo de la Constitución de 1978 —cuyo artículo 20 reconoce y protege el derecho a expresar y difundir libremente los pensamientos, ideas y opiniones mediante la palabra, el escrito o cualquier otro medio de reproducción, sin que su ejercicio pueda restringirse mediante cualquier tipo de censura previa ni pueda acordarse el secuestro de publicaciones salvo resolución judicial— tendrán ciertas dificultades cognoscitivas para imaginar las trabas y los obstáculos que era necesario salvar para editar libros en la España de Franco. Por lo pronto, las empresas tenían que conseguir un número de registro, otorgable discrecionalmente por el Ministerio de Información, para figurar en un listado de *numerus clausus* que habilitaba para realizar esa actividad. Después, tenían que someter los manuscritos originales o traducidos a un kafkiano Departamento de Orientación Bibliográfica, enmarcado dentro de la Dirección General del Libro o de Cultura Popular, que autorizaba o denegaba su posterior impresión, condicionada en ocasiones a la tachadura de palabras, párrafos o capítulos peligrosos (a partir de la Ley Fraga de 1966, los editores podían

elegir entre el tradicional camino de la censura previa o atreverse a presentar el libro ya impreso, con el riesgo de que el Ministerio de Información —no los tribunales— secuestrase la tirada entera y aplicase una sanción económica). La osadía de los censores —un funcionario cuyo nombre de pila era Faustino recibía a los aterrados editores sentado de espaldas a una pared desnuda sin más adorno que un intimidatorio crucifijo— era tal que se permitían a veces tachar la grosera palabra *sobaco* para sustituirla por el amable término *axila*. Cuando yo era director de la sucursal española de Fondo de Cultura logré rescatar de los infiernos inquisitoriales de Juan Rulfo, pero fracasé en mis tentativas de salvar otro largo inventario de condenados como *La realidad y el deseo* de Luis Cernuda, *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes y los *Campos* de Max Aub. Más tarde, en Alianza, nos vimos obligados a retirar de la circulación 15.000 ejemplares de un libro de Fernando de los Ríos altamente crítico con la revolución soviética, escrito a comienzos de la década de los veinte (*Mi viaje a la Rusia bolchevista*), a fin de arrancar —volumen a volumen— la página de dedicatoria del autor al Partido Socialista Obrero Español; el Ministerio de la censura quería dejar claro que el firmante de la dedicatoria no era el editor. Pero que cada cual entierre a sus propios muertos: los registros de Taurus incluirán probablemente también huellas de esos despropósitos.

No sólo de política vive el hombre. Editar en España en los años cincuenta del siglo XX resultaba casi tan plañidero como escribir en tiempos de Larra. La población universitaria y de enseñanza media era porcentualmente tan reducida como treinta años antes. La capacidad adquisitiva no sólo de los estudiantes sino también de los funcionarios y profesionales era tan baja que convertía en un lujo —como sucede ahora en algunos países de América Latina— la compra de libros. La red comercial era raquíta y casi hostil para los clientes. No había resonadores culturales en la prensa y en la radio: la televisión

vivía su fase experimental. Los mercados latinoamericanos eran a la vez un Eldorado para los optimistas y un mar de los Sargazos para los pesimistas: las devaluaciones o apreciaciones de las divisas y las suspensiones de pagos nacionales amenazaban con la quiebra a los empresarios irreflexivos o imprudentes. Nadie aspiraba a enriquecerse como editor: se trataba de un oficio vocacional, con estrechos márgenes de beneficio y desproporcionado riesgo. Aunque los empresarios y directivos eran conscientes de que la cuenta de resultados nunca debería arrojar pérdidas (e incluso presentar moderadas ganancias) para que el tenderete siguiese funcionando, el correlativo reconocimiento del libro como *producto mercantil* era inextricable de su paralelo entendimiento como *bien cultural*. No resultaba excepcional encontrar gente con recursos procedentes de otros negocios dispuestos a invertir en el sector editorial por motivaciones extramercantiles relacionadas con el mecenazgo cultural o el gusto por los libros; tal fue el caso de Gabriel Tortella Oteo con Tecnos, una editorial de libros técnicos y prácticos reconvertida gracias a este inteligente empresario en un excelente proyecto de filosofía y ciencias sociales. La historia de Taurus constituye, en este sentido, una buena muestra al respecto.

Antes de escribir estas páginas mas bien melancólicas inspiradas por el afecto a los amigos vivos y el recuerdo de los amigos muertos, la lectura de las excelentes contribuciones a la historia de Taurus escritas por Antonio Lago Carballo y Ángel Vivas me ha suscitado la impresión de asistir a una misteriosa combinación de continuidad última y discontinuidades coyunturales, indisociable seguramente de la figura de Pancho. Se trata de un fenómeno insólito dentro del mundo editorial, asolado desde hace treinta años por el desmantelamiento de las antiguas estructuras de un viejo oficio que había mantenido sus tradiciones durante veinte siglos (Tito Pomponio Ático difundía las obras de Cicerón en Roma y Aldo Manuzio de los

escritores del renacimiento en Venecia casi como podía hacerlo Giulio Einaudi en la Italia de la posguerra). Aunque la caída del Muro de Berlín haya suprimido casi por completo las citas marxianas por políticamente incorrectas, el *Manifiesto Comunista* había anunciado más de cien años antes las implicaciones del desarrollo capitalista que finalmente alcanzaron al mundo editorial: su capacidad para «no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel pago al contado», para ahogar «el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta», para despojar «de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto: al médico, al jurisconsulto, al sacerdote, al poeta, al sabio». André Schiffrin (*La edición sin editores*, Destino, 2000) y Jason Epstein (*La industria del libro*, Anagrama, 2001) añadirían sin duda a esa lista el oficio de editor.

Pero así como la gran mayoría de las editoriales vendidas a precios desorbitados durante los últimos veinte o treinta años han sido desnaturalizadas y achatarradas por sus nuevos dueños —ballenas moribundas varadas en la arena de la playa, según la cruel imagen de André Schiffrin—, siguiendo el ejemplo de los niños ricos y malcriados destrozan sus juguetes para arrojarlos luego a la basura, Taurus ha logrado en estos cincuenta años resistir los grandes temporales que han enviado al fondo del océano a otras editoriales, arrancadas inútilmente de sus puertos de abrigo y despojadas de su doble condición de creadoras de valores de uso y de valores de cambio, de bienes culturales y de productos mercantiles. Pese al riesgo de naufragio, la continuidad del proyecto cultural iniciado por Pancho y sus dos socios en 1954 continúa su navegación.

He creído encontrar en los trabajos de Antonio Lago Carballo y de Ángel Vivas hasta diez Taurus a lo largo de una secuencia a la vez interrumpida y mantenida en este medio si-

glo. El primer Taurus (T1) se correspondería con el periodo fundacional y duraría hasta la entrada de otros accionistas movidos teóricamente por el espíritu de mecenazgo cultural. El segundo Taurus (T2) sería una etapa de transición, todavía con Pancho como director. El tercer Taurus (T3) —propiedad fundamentalmente del Banco Ibérico— tendrá como consejero-delegado a José María Jové y como director a Francisco García Pavón. En el cuarto Taurus (T4) aparece ya como director literario Jesús Aguirre. Del quinto Taurus (T5) —a partir de entonces y hasta ahora parte de Santillana— Aguirre fue no sólo director *literario* sino también *general* —como le gustaba repetir enfáticamente al interesado—. Los restantes Taurus serán dirigidos editorialmente —aunque no gerencialmente— por José María Guelbenzu (T6), José Antonio Millán (T7), Guillermo Schavelzon (T8), Juan Cruz (T9) y María Cifuentes (T10).

Para no desbordar los límites de espacio asignados a mi colaboración por el coordinador de esta obra, tendré que limitarme en las reflexiones siguientes al signo de un catálogo editorial y a la calidad configuradora de algunos títulos sobre el proyecto editorial global en las etapas inicial, central y actual de la historia de Taurus: esto es, a T1 y T2, primero, al continuo formado por T4, T5 y T6, después, y a T10 finalmente. También influye sobre ese enfoque el hecho de que mis vinculaciones profesionales con Taurus fueron orgánicas durante T5 y T6: en esos años, Alianza —de la que yo era director— estableció un acuerdo con Santillana (y, por lo tanto, con Pancho de regreso a la empresa de la que nunca debía haberse ido) para adquirir una parte minoritaria en el capital de Taurus, distribuir sus libros, hacerse cargo de una parte de su nómina (Jorge Campos pasó a trabajar con nosotros) y publicar en bolsillo o como *paper-back* una selección de sus títulos, entre otros: *Los orígenes del totalitarismo* de Hanna Arendt, *La infancia recuperada* de Fernando Savater, *La miseria del histo-*

*ricismo* de Karl Popper, *Herreros y alquimistas* de Mircea Eliade, *El medio divino* de Pierre Teilhard de Chardin y *Filosofía y superstición* de Th. W. Adorno. De añadidura, pasé a formar parte del Consejo de Administración de Taurus, seguramente por el codificado y oculto propósito de Pancho de que le explicase a Jesús Aguirre los misterios del activo y el pasivo de un balance, tarea nada fácil tanto por la escasa competencia del profesor como por el horror sagrado que la contabilidad le producía al discípulo. La lengua y la sabiduría anglosajonas aplican dos términos distintos —*publisher* y *éditeur* (pido disculpas por acentuar una palabra inglesa como si fuese una esdrújula española pero no se me ocurre otra fórmula)— a las dos actividades a la vez complementarias y funcionalmente diferenciadas que el castellano unifica bajo la palabra editor. El *publisher* es el empresario propiamente dicho, un papel que en los tiempos de Manuel Aguilar, Juan Bruguera, Josep Janés, José Manuel Lara, Luis de Caralt o Juan Grijalbo —en España—, y de Gaston Gallimard o Bernard Grasset —en Francia—, se confundía a efectos prácticos con la condición de patrón o de dueño. El desarrollo de las sociedades anónimas y el enorme crecimiento de las marcas y de los activos reunidos dentro de un mismo grupo de comunicación han modificado también, desde el final de la II Guerra Mundial, esa fusión de roles, de forma que hoy día el *publisher* es el presidente o el consejero delegado de una compañía con muchos miles de accionistas. En España ese papel de gerente ejecutivo fue ejercido, antes de la guerra, por Nicolás Urgoiti en Espasa-Calpe; y en Argentina por don Antonio López Llausás, al igual que haría Ignacio Cardenal en los setenta con la división editorial de Santillana formada por Taurus, Aguilar y Alfaguara. El *éditeur*, en cambio, es el director literario o el director editorial, algo así como el especialista en los contenidos de la labor empresarial. Los *publishers* al viejo estilo —cuando eran los únicos dueños— o en la actual variante —cuando ejercen

el poder empresarial en nombre de los accionistas— tienden de forma casi inevitable a invadir el ámbito de atribuciones de los *éditors*, al igual que han hecho futbolísticamente Florentino Pérez respecto a Valdano en el Real Madrid o Silvio Berlusconi con Ancelotti en el Milán. Esa tensión dialéctica funciona y es provechosa cuando ambos polos se respetan; llevaba al fracaso, sin embargo, cuando Jesús Gil decidía los fichajes y las alineaciones.

Pancho fue a la vez *publishery éditor* en T1, pero fundamentalmente sólo *éditor* en T2; Jesús Aguirre y su Eckermann, José María Guelbenzu, fueron exclusivamente *éditors* en T4, T5 y T6; al igual que lo es ahora María Cifuentes en T10. El director editorial o literario —esto es, el *éditor*— tiende a vampirizar a todos los amigos, escritores, profesores, libreros o lectores a quienes trata, a fin de recibir sus soplos o sus consejos; en ocasiones, cuando no es demasiado rácano, remunera con dinero —nunca demasiado— los servicios de sus asesores, o incluso les reconoce públicamente sus méritos como miembros de un consejo editorial o como directores de colección. Dicho de una forma menos draculina, el editor sirve de catalizador —tal es mi experiencia como director editorial de Alianza durante muchos años— a una especie de colectivo intelectual que inspira, recomienda, escribe y traduce los libros posteriormente publicados. Antonio Lago Carballo cita el testimonio de Pancho sobre la contribución de Zubiri, Laín, Aranguren, Tovar o Gullón. También funcionaba, aunque más bien en la sombra, otro círculo inspirador: los amigos secretos de Pancho en la oposición antifranquista, desde Faustino Cordón hasta Fermín Solana, Julio Cerón e Ignacio Fernández de Castro, pasando por el inolvidable Dionisio Ridruejo y el tacitista Enrique Tierno. A ellos se añaden los nombres citados por José María Guelbenzu para T6: Fernando Savater, Francisco Calvo Serraller, Javier Echeverría, Eugenio Trías, Tomás Pollán, Ángel González, Carlos García Gual, Juan Aranzadi y

Álvaro Delgado-Gal. Por el catálogo de autores de T10 y la orientación de sus publicaciones, no es difícil conjeturar la corte actual de María Cifuentes: Joaquín Estefanía, Carlos Rodríguez Braun, Santos Juliá, José Álvarez Junco, Juan Pablo Fusi, Cayetano López, Fernando Vallespín, Rafael del Águila y Josep Ramoneda.

Jesús Aguirre, sin embargo, no sólo se jactaba de haberse leído solito en el idioma original —incluido el arameo— todos y cada de los libros publicados o rechazados por T4 y T5, sino que dejaba entrever que muchos de ellos los había inspirado, corregido o coescrito. Con una secretaria (tan eficaz, por lo demás, como Maripi), un teléfono (fue un maestro del susurro y del monólogo) y un tambor (nadie redoblaba con tanta fuerza y acierto los éxitos propios y los fracasos ajenos), Jesús Aguirre montó un emporio bajo el sombrero de una editorial mediana tirando a chica. En cualquier caso, la imagen de una editorial no suele estar dictada por el análisis pormenorizado de su catálogo, sino por algunos autores y títulos estrellas que transmiten su mágico efecto vigorizador al resto de sus acompañantes. Las locomotoras del T1 y del T2 probablemente fueron las obras de Teilhard de Chardin. La publicación de obras de algunos exiliados como Américo Castro y Francisco Ayala constituyó también una marca de fábrica de la nueva editorial. Para mí, el buque insignia fue un curioso oxímoron: una introducción filosófica sistemática al marxismo escrita por un jesuita —*El pensamiento de Carlos Marx*, del padre Jean-Yves Calvez— que leí en forzoso recogimiento durante 1958 en una celda de la prisión militar de Alcalá de Henares a la que me había enviado el coronel Eymar. Taurus publicaría también otro libro nacido de ese diálogo entre cristianismo y marxismo: *El materialismo dialéctico*, del padre Gustav A. Wetter (el Concilio Vaticano II estaba próximo). A ese T1 y T2 pertenece, igualmente, una innovadora colección de humor bautizada como «El Club de la sonrisa»; aunque sólo

fuera por haber publicado la *Vida del repelente niño Vicente* de Rafael Azcona, su mención sería necesaria.

De la meseta de casi dos décadas de Taurus inaugurada por la designación como director editorial de Jesús Aguirre en 1967 (en tierra de misiones políticas y ducales a partir de 1977) y proseguida en sede vacante por José María Guelbenzu hasta 1988 («la discreción no es en Guelbenzu una virtud —solía decir Jesús Aguirre— sino un defecto») proceden la mayoría de los títulos que han operado por contagio su prestigiosa influencia sobre la totalidad del catálogo. Jesús Aguirre trazó tres líneas básicas con la Escuela de Francfort (Benjamin, Adorno, Horkheimer, Habermas), Cioran (un soplo de caballo ganador facilitado por Fernando Savater) y Bataille. *La Viena de Wittgenstein* de Janik y Toulmin, *La imaginación dialéctica* de Martin Jay, *El círculo de Viena* de Victor Kraft y *El grupo de Bloomsbury* de Quentin Bell fueron otros tantos buenos libros de historia cultural. Julio Caro Baroja no sólo marcó el T5 con *Los Baroja*, sino también el T6 con su trilogía de fiestas populares. La cuarentena de volúmenes de la colección «El escritor y la crítica» constituyó una contribución de primera fila al hispanismo. Ya la identificación de Aranguren con Taurus entre los *seniors* se unieron los libros de ensayo de una nueva generación hoy dominante: Fernando Savater, Francisco Calvo Serraller, Alfredo Deaño, Eugenio Trías, Javier Echeverría, Ignacio Gómez de Liaño, Juan Aranzadi, Jon Juaristi, etcétera. La deuda de la España del siglo xx con el exilio continuó siendo parcialmente resarcida no sólo con la publicación de obras de los republicanos trasterrados, sino también con la ambiciosa obra colectiva dirigida por José Luis Abellán sobre la labor realizada por los derrotados en la Guerra Civil.

Aunque Taurus se benefició obviamente —como las restantes editoriales españolas— de la desaparición de la censura gubernativa (la Constitución sólo admite el secuestro judicial de publicaciones) y de la recuperación de las libertades

y la democracia tras la muerte de Franco, la crisis económica iniciada a mediados de los setenta, la elevación de los costes financieros y la transformación sobredimensionadora de los circuitos comerciales habían repercutido muy negativamente sobre los rendimientos mercantiles —no fue el único caso— de su modelo cultural. De añadidura, la década de los ochenta fue escenario de un acelerado proceso de concentración empresarial a través de la compra de marcas tradicionales españolas por grandes grupos europeos o estadounidenses y de fusiones entre compañías nacionales. Taurus capeó aquellos años con modestia y esfuerzo, sin que faltaran sombrías tentaciones de tirar la toalla o de especializar el sello para producir exclusivamente libros de texto o de ayuda universitarios. Pero desde la entrada de María Cifuentes como directora editorial (un puesto dentro del organigrama que sirve de punto de arranque para un proceso de toma de decisiones empresarialmente compartido) aquellos peligros quedaron conjurados; lo que antes denominé T10 aseguró la continuidad de la editorial con un doble pasado: el cauce principal del legado del Taurus de Pancho Pérez González y Jesús Aguirre recibe el afluente de las experiencias de la Alianza fundada por José Ortega y Jaime Salinas en la que María Cifuentes inició brillantemente su carrera gutenberguiana cuando yo desempeñaba la dirección editorial.

Nuevos tiempos requieren, en cualquier caso, nuevas respuestas. Ciertamente, T10 ha mantenido su catálogo tradicional (algo así como el fondo de armario de la vestimenta cultural) mediante la reedición de libros ya clásicos de Max Weber, Walter Benjamin, Th. W. Adorno, Hannah Arendt, Georges Bataille, Cioran o Georges Duby. Por lo demás, Fernando Savater simboliza a la perfección la continuidad desde el T1 hasta el T10. Si el talento de Jesús Aguirre como editor admitiera únicamente —suposición tan absurda como ofensiva— un único elogio justificador, bastaría con recordar que

fue el descubridor de un Savater casi adolescente y totalmente desconocido, al que publicó su primer libro, *Nihilismo y acción*, y sus posteriores obras de juventud, entre otras *La infancia recuperada*. El T10 conserva al Savater maduro capaz de afrontar ya cuentas con su pasado en *Mira por dónde* y continúa recuperando y dando nueva forma al fondo savateriano, como la nueva edición de *Criaturas del aire*.

El *toque Cifuentes* resulta perceptible en la atención prestada a los historiadores españoles que han tomado el relevo de los viejos maestros: aunque las predicciones sólo resultan seguras cuando —como suelen hacer los economistas— se proyectan sobre el pasado, no parece una apuesta demasiado aventurada pronosticar que las contribuciones realizadas durante estos años al catálogo de T10 por Santos Juliá (el socialismo español y los intelectuales como creadores de grandes relatos), José Álvarez Junco (la formación de la idea de nación), Juan Pablo Fusi (el nacionalismo en el siglo xx), Javier Tusell (la Restauración y el reinado de Alfonso XIII), Gabriel Tortella (el siglo xx como «siglo de los extremos»), Víctor Pérez Díaz (el futuro de una España liberal), Jon Juaristi (las genealogías míticas de los pueblos de Europa), Pablo Martín Aceña (el oro de Moscú y el oro de los nazis), Mercedes Cabrera y Fernando del Rey (los empresarios en España) y Nigel Townson (el republicanismo español) continuarán vivas durante largo tiempo. Otro tanto ocurre con los ensayos de ciencia y filosofía política de José María Maravall (el control del gobierno), Fernando Vallespín (el futuro de la política), Rafael del Aguila (los intelectuales y la razón de Estado), Josep Ramoneda (la razón como vía para recuperar la pasión por la política). Y también marcan una nueva línea de carácter científico los libros de Cayetano López, José Manuel Sánchez Ron y las obras de investigadores tan eminentes como James W. Watson, Lee M. Silver, Helen Fisher, Richard Fortey o Detlev Ganten.

En cualquier caso, ni el hombre vive sólo de pan ni el editor sólo de autores nacionales. *La cultura* del alemán Dietrich Schwanitz figura en el *ranking* como el mayor *best-seller* no sólo de T10 sino de todos los Taurus. A ese tipo de obra monumental pertenecen *Del amanecer a la decadencia. Quinientos años de vida cultural en Occidente*, de Jacques Barzun; la escalofriante mirada revisora sobre el nazismo de *El Tercer Reich*, de Michael Burleigh; *Civilizaciones*, de Felipe Fernández Armesto; la inventiva recopilación de contrafactuals de Niall Ferguson, *Historia virtual*, y la historia social de los medios de comunicación de Peter Burke y Asa Briggs titulada *De Gutenberg a Internet*.

Al T10 tampoco le faltan las ganas de enredar, suscitar debates y promover polémicas propias de los tiempos de Pancho Pérez González y Jesús Aguirre. A caballo entre la vocación académica y el interés por los problemas actuales, Anthony Giddens (la tercera vía), Jean François Revel (las manipulaciones de los intelectuales de izquierda), Giovanni Sartori (la televisión, la crítica al multiculturalismo, el crecimiento demográfico y los desafíos medioambientales), André Glucksmann (el terrorismo como nihilismo), Joseph Stiglitz (la globalización), Michael Ignatieff (las intervenciones humanitarias), Joseph S. Nye (el poder «blando» militar y económico de Estados Unidos) y Fareed Zakaria (los peligros de la democracia cuando rompe sus vinculaciones históricas con el liberalismo y el Estado de derecho) recorren terrenos interdisciplinarios para luminar una misma cuestión desde distintos ángulos. Y dos recientes libros de autores estadounidenses muestran la cara y la cruz de la Administración Bush: mientras *Poder y debilidad* del *neocon* Richard Kagan aplaude con entusiasmo el belicismo del presidente americano, *Contra todos los enemigos* del antiguo zar antiterrorista Richard Clarke pone en cuestión no sólo la decisión de invadir Irak sino también la idoneidad de los dispositivos de Estados Unidos para enfrentarse a la amenaza terrorista.